

que se anidaba en esta familia, recibió el premio que reciben siempre esos amores; el destierro. La familia Gamba, á la cual había Teresa vuelto, después de su viudez legal, se refugió en la dulce Toscana, en la solitaria Pisa, en esa ciudad-convento, en esa ciudad-cementerio, tan propia de las grandes tristezas. Allí fué también lord Byron. El principal mérito de Teresa estuvo en no tener por el poeta una pasión egoísta. Amó su gloria más que su persona; y más que su gloria su virtud. Lo purificó, lo elevó, lo sacó del cieno, le puso la aureola de la pureza en la frente. Y después, en vez de reivindicar ese gran corazón, todo para sí lo entregó á la humanidad. Vió que Byron no pertenecía únicamente la raza de los hombres de ideas, sino también á la raza de los hombres de acción. Era un héroe de Grecia por la figura escultórica; un poeta del Norte por el pensamiento profundo; en una mano llevaba la lira y en otra mano la espada. En vez de arrancarle á la idea y á la acción para reducirlo á los placeres de un amor satisfecho, señaló al Aquiles el campo de batalla, y le dijo que sería más digno de su corazón cuanto más luchara por los pueblos. Prefirió unir las dos almas en los altares del sacrificio á todos los placeres fáciles, á todas las satisfacciones del amor propio y del orgullo. Teresa despertó en su pecho el amor á la virtud y el amor á las glorias que tantas veces había Byron despreciado y maldecido. Teresa le enseñó á amar á Italia y á los combatientes por Grecia, esas naciones cuyos antiguos genios entrarán eternamente en la genealogía de todos los genios del mundo. Ella, por fin, le enseñó á morir. Y enseñándole á morir por todos, en vez de vivir para sí solo, aseguró á su nombre la más gloriosa de las transformaciones, el martirio; y á su inmortalidad el más bello de todos templos, el corazón de los pueblos. Sería inmortal Teresa, como Eloisa, como Isabel de Segura, como Safo, si hubiera guardado bajo los pinos de Italia, por las orillas del Arno, eternamente la viudez gloriosísima del amor de Byron. El año veinte parecía una musa. Y en el año setenta y ocho es una marquesa rica y vieja, que ha lanzado sobre la tumba del poeta un libro indigesto.

Llegamos al final de las días de Byron. Aquí acaba la vida y comienza la muerte. Aquí el barro glacial de los desengaños se cae fundido al fuego de la fe, y las alas del alma se abren ampliamente en toda su extensión. Aquí empieza la vida á ser poema, el poeta á ser héroe, el sepulcro á ser altar, y á ser inmortalidad la muerte. Aquí se despide para siempre de la mujer amada y va á desposarse castamente con la libertad, la eterna esposa de las grandes almas; la fecunda madre de los héroes. Aquí todas las nubes se disipan, todos los vicios se evaporan, todas las dudas se embotan, todas las pasiones se acaban, y el calavera de Londres y el libertino de Venecia, y el poeta de la desesperación, se convierte en uno de los mártires de la humanidad, redimiendo con el holocausto de su muerte los errores y las faltas de su vida. Muchos sabrán vivir mejor que ese hombre, pero pocos morir como él, en una lucha por la independencia de Grecia, á los pies de esa nación ideal, de esa nación arte, que fué la verdadera patria de su alma, y que lo contará eter-

namente al lado de Homero, de Esquilo, de Píndaro, de Milcíades y de Aristides, de esos hombres que son los astros de los horizontes del tiempo; lo contará, si, entre sus poetas y sus héroes. Las hojas de la vida de Byron se iban cayendo tristemente. Su hija Alegra, ángel nacido entre las tempestades, acababa de morir á los cinco años de edad. El poeta manda que la entierren allá, en la colina de Harow, sobre la cual había grabado sus primeros versos y había recibido los besos primeros del aura de los campos. Shelley, poeta metafísico, desterrado como él de Inglaterra, y como él errante por el mundo, acababa de expirar ahogado en tremenda borrasca, no tan tempestuosa como sus ideas. Byron había recogido su cuerpo, y lo había quemado en una grande hoguera, sobre la árida arena á orillas del mar, arrojando en aquel holocausto cargas de incienso que subían al cielo en nube de humo semejante á una montaña de oraciones y de pensamientos, que llevaba en sus entrañas el espíritu de un poeta, el cual creyera siempre el cielo vacío, y renegaba siempre de aquella morada hacia la que se tornaba su vida. ¿Qué le restaba á Byron? Morir también, pero morir por una idea, por la fe de su siglo. En medio del silencio que la Santa Alianza impuso á Europa, se oye la voz de un pueblo que pide su libertad. Este pueblo heroico era el pueblo español, aquel mismo que diez años antes había enseñado á todas las naciones cómo se pelea por la independencia. La voz de España había penetrado en dos sepulcros; en el sepulcro de Italia y en el sepulcro de Grecia. Las tres penínsulas mediterráneas, la península de los genios, la península de los guerreros y la península de los navegantes, se levantaban al soplo de la libertad, como para renovar aquellos días paradisiacos de la Historia, en que las ciudades más ilustres vivían como un coro de sacerdotisas y de musas en sus costas, é iluminaban la conciencia con sus ideas, y henchían los aires con sus cánticos. Pero todas estas esperanzas fueron como sueños fugaces. Sobre España iba á caer la intervención francesa, y sobre Italia la intervención austriaca. Sólo quedaba de pie el pueblo griego, el pueblo de las Termópilas y de Platea, el que ha enseñado á leer á la humanidad, el que ha puesto la cuerda del arte en todos los corazones, el que ha cincelado la forma humana en su hermosura severa, el que ha revelado la conciencia con Sócrates; el que guarda todavía en las cenizas de sus ruinas el calor de la inspiración para el poeta. Byron, que recorrió Grecia buscando los laureles de Apolo á las orillas de los torrentes, el coro de las sacerdotisas de Dodona, el canto del Céfito en las llanuras consagradas por las huellas de Demóstenes y de Platón, la Acrópolis ruinosas donde se habían convertido en sombras las estatuas de Fidias, las cimas de Hiblea y del Himeto coronadas eternamente por los dioses; Byron, no sólo encontró en aquella tierra los recuerdos que, como enjambre de luminosas abejas, se levantan de sus diseminadas ruinas, sino también fuertes razas, en cuyos semblantes brillaban los reflejos de la antigua inspiración y cuyos nervudos brazos podían esgrimir las armas de Epaminondas y de Temistocles; razas dispuestas á sacrificarse heroicamente sobre los sepulcros

de sus padres, antes que consentir por más tiempo la deshonra de tanta gloria en los infames hierros forjados por Turquía para su patria, patria también del heroísmo; para su madre, madre también del genio. Miradlo: rico, se aparta de sus riquezas; amado, se aparta de su amante; poeta, se aparta de su lira; joven, se aparta de sus pasiones; coronado por el genio, se aparta de su gloria; y va á pelear y va á morir por una de las causas más justas de la humanidad, por la causa de Grecia. Allá en Italia, á las orillas del mar Tirreno, bajo las sombras de los pinos, respirando el aire cargado de azahar, viendo las obras maravillosas del arte, en las cuales aprendía la perfección de su estilo, amado por una mujer que unía el talento á la belleza, pudo dejar correr sus días tranquila y serenamente, cantando como un ave junto á su nuevo nido, en aquel jardín de delicias. Pero no: prefirió la lucha, la tempestad del mar, la inclemencia de los elementos, el campo de batalla, los vapores de la sangre, los miasmas de la peste, la muerte por sus hermanos, el sacrificio por la humanidad. Creed en sus dudas, vosotros, comerciantes ingleses, que lo habéis maldecido, atiborrados de *beefsteak*, ebrios de cerveza, regoldando, como diría Sancho, los vapores de vuestra digestión sobre la aureola del genio. Maldecid su vida, vosotros á quienes una moral egoísta es tan fácil porque no tenéis pasiones; y una árida fe protestante es tan natural porque no tenéis pensamiento. Arrojadlo por indigno de Inglaterra, y él se levantará con su lira y su espada, recorrerá las riberas divinas donde nacieron las artes, convertirá los dioses en sus conciudadanos, irá á morir á Grecia, y tendrá por patria toda la humanidad. Nosotros apreciaremos sus obras en la cima de este pobre trabajo consagrado á uno de los genios que más consuelos nos han procurado en nuestros dolores presentes con la lectura de sus obras. Era el mes de Abril y la mañana siguiente al día de Pascua. La naturaleza resucitaba con sus mariposas, con sus largos días, con su tibio calor, tan delicioso en el Abril de los climas meridionales. La Iglesia cantaba la Resurrección de Cristo. Byron presentía la resurrección de Grecia. Sin embargo, la lucha, la incertidumbre, los choques contra la impura realidad en que se destrozaba su alma, el dolor, la peste mortífera, consecuencia de la guerra, lo gastaron y le hicieron doblegarse y caer sobre la bandera de la libertad, en la cual se envolvió para morir como Catón y como Bruto en la combrada de la República. Apenas tenía treinta y seis años. Se doblaba á la muerte como un árbol cargado de frutos y de flores. Era una hermosa mañana, y el sol deslizaba sus primeros rayos entre las últimas gotas del rocío, y las aves entonaban sus coros, como si la naturaleza consagrara un himno á la victoria del poeta. En su delirio creía asaltar los muros de Lepanto, y realmente asaltaba los muros de la Eternidad. Decía: «¡adiós!» como perdiéndose en otras riberas. Y su última palabra, fué «adelante», como si consolara á sus soldados llorosos y á sus amigos desolados, asegurándoles la continuación de su vida en otros horizontes.

Después de haber recorrido largamente la vida de Byron, detengámonos un momento

á contemplar este genio maravilloso en su totalidad. Como jamás hubo en el mundo poeta que fuera tan subjetivo é individual, jamás una vida contribuyó á desarrollar un carácter, ni un carácter á desarrollar una literatura como en este lord inglés, nacido para la felicidad y atormentado por todas las desdichas. No creo yo que el genio se componga solamente de los nervios, de la sangre, del jugo que absorbe de la tierra donde ha nacido, del sol que ilumina y fecundiza su cerebro. El genio es antes que todo una poderosa individualidad interior, con facultades innatas, elevadas por el estudio y por los choques de la vida á una gran potencia; el genio es un espíritu creador. Todos los verdaderos artistas, de cualquier clase y condición que sean, tienen la poderosa facultad de pensar y poner en relieve su pensamiento; la fantasía vivaz que los lleva á un trabajo tan continuo como el trabajo de las fuerzas creadoras de la naturaleza; la observación profunda para el análisis, que hace de sus ideas un microscopio donde se ven las mayores minuciosidades de la vida, ocultas al vulgo de las gentes; la mirada indagadora, elevadísima, que abraza los lejanos espacios como el telescopio; y luego esa exquisita sensibilidad, por la cual refunden fácilmente en el horno siempre encendido de su corazón, los ajenos dolores y las ajenas alegrías. Pocos hombres han poseído en tanto grado estas facultades eminentes como lord Byron. El se eleva de un vuelo á las regiones más sublimes del espíritu, donde todas las ideas se le aparecen revestidas en sus formas. El descende con una observación prolija á contar las menores minuciosidades de la vida, y á descubrir los más imperceptibles toques de luz y de sombra en los cuadros del universo. El siente la universalidad invencible de producir, de crear, de esparcir sus obras con la misma ciega largueza con que el ruiseñor esparce sus cánticos y la estrella su luz. El tiene, sobre todo y antes que todo, la sensibilidad, esa sensibilidad que se conmueve y se riza al menor soplo del aire, que cambia de matices al menor reflejo de la luz, que presiente las tempestades futuras, así del universo como de la sociedad, y que siendo uno de los mayores dones de la naturaleza, es también uno de los mayores tormentos de la vida. Pero si tiene esta nota primera, esencial del genio, no puede dudarse que también tiene las cualidades propias de su raza, esas cualidades que son al genio esenciales, fundamentales como el color al dibujo. La sangre normanda rompe en tempestuoso oleaje por sus venas. La tormenta es su elemento. Cuando no la encuentra en la vida, la condensa en su propia conciencia. Cuando la acción no le ofrece bastantes huracanes, los busca en sus pasiones; y cuando no se los ofrecen sus pasiones, en sus ideas. Necesita vivir al borde del abismo, sobre cuatro tablas que van á deshacerse, deslizándose entre un oleaje hirviente y espumoso, azotado el rostro por el huracán y los nervios por las chispas del rayo. Su conciencia es como una tromba furiosa que despedaza su propio corazón. Las tinieblas de las noches eternas de tal manera caen sobre su alma, que, á veces, todo lo ve malo, todo lo cree perdido, y lo que más malo ve, lo que imagina más perdido, es su propio sér. De aquí esa irritabilidad, esa duda, esos contrastes, un pedazo

de cielo asomado por los grupos de apiñados nubarrones; una plegaria viniendo tras una blasfemia, como la brisa tras el huracán. Pero no solamente es normando por la raza á que pertenece; es inglés, perfectamente inglés, por la nación en que ha nacido. ¿Cuál es la facultad característica del inglés? La personalidad, la individualidad. El inglés necesita que la ley consagre la integridad y la totalidad de su persona; que el hogar lo aisle de sus semejantes; que su propia conciencia sea la mediadora entre el tiempo y la eternidad, entre la tierra y el cielo; que la propiedad le sirva como de pedestal, y que la vida se desarrolle en él á su cuenta y riesgo, merced al agujoneo de su actividad, excitando sus aptitudes, alimentando la fiereza contenida en el principio de la propia responsabilidad. Pues bien: Byron, antes que todo, es una personalidad. Cuanto puede impedir el crecimiento, el desarrollo de esta personalidad le molesta y lo derriba: fe, leyes, costumbre, límites de nacionalidad, preocupaciones de raza. Quiere vivir sólo en su conciencia, con su pensamiento en el mundo creado por su propio espíritu, tronando como un Dios y viendo hasta las leyes de la naturaleza plegarse á su omnipotente libertad. Jamás ninguna raza representó con más fidelidad sus cualidades características, y sobre todo, su orgullosa individualidad. Pero al lado de estas cualidades del Norte, Byron tenía cualidades esencialmente meridionales. Nuestro sol había deslizado sus rayos por aquel espíritu, le había impreso fuertemente su ósculo de fuego. Era una personalidad británica, vaciada en el mármol de Paros, bajo cuya frialdad aparente se contiene un rescoldo de divino calor. Sobre esas piedras se mecen las rojas flores de las adelfas, á las orillas de los torrentes, como convidando á los poetas con laureles. La combinación de cualidades diversas explica en Byron los bruscos cambios de su estilo, y las formidables antítesis de su pensamiento. Pero al mismo tiempo explican su culminante facultad, la más alta y la más imperiosa, la sensibilidad. No tenía, no, la flema británica. Una emoción pasaba con tal fuerza por todo su sér, que le dejaba ardientes quemaduras. Parecía que el mundo social, sobre todo, no se comunicaba con él sino por medio de botones candentes, cuyo contacto le hacía gemir, aullar, como un condenado, retorcerse y espumajear como un epiléptico. La luz no hierde con tanta fuerza los ojos que acaban de recobrar la vista, como hería al poeta la sociedad de su tiempo. Y, sin embargo, amaba las sensaciones. Creía que vivir era sentirlo todo, experimentarlo todo: pasar por los diversos grados del calor de la vida universal; sumergirse en el hondo mar, como los peces, y recorrer los picos nevados, como las águilas; revolcarse en las hojas secas del otoño; hollar las nieves del invierno, fundirse al calor del sol en el verano, y volar como la mariposa entre las flores en la primavera; ser el peregrino, errante, sin fin, desde la Alhambra al Vaticano, desde el Vaticano al Partenón, desde el Partenón á las Pirámides; ser el orador que lucha en la tribuna y el pendenciero que lucha en las calles; ser el aristócrata, el lord que goza con el recuerdo de sus blasones, con el orgullo de su origen, y el demócrata, el tribuno que protesta contra todas las tiranías y reclama todas

las libertades; ser cenobita y epicúreo, casto y voluptuoso, excéptico y creyente, criminal y apóstol, enemigo de la humanidad y humanitario, ángel y demonio, como si fuera su espíritu el continente inmenso de todas las ideas y de todas las cosas; su sér, el resumen de toda la vida; su personalidad, el protagonista del gran escenario del universo, de la gran tragedia de la Historia.

Y he aquí otra de sus cualidades culminantes: referir el mundo entero á sí. Esa grande fuerza que tienen ciertos genios para objetivar sus ideas y sus sensaciones, jamás la tuvo Byron. Cantaba lo que sentía: la nube pasando por su conciencia, la chispa recorriendo el arpa de sus nervios, el amor de su corazón, la duda de su mente, la esperanza de sus deseos, según los grados de salud, de felicidad, de placer, de dolor, experimentados en su vida, que era su poema. De aquí, como ha observado muy justamente Hipólito Taine, en su bella obra de *Historia de la Literatura Inglesa*, la monotonía, la uniformidad de sus personajes, todos tocados de la uniforme enfermedad del poeta. Pero de aquí también esa viveza de colorido, esa fuerza de expresión, ese maravilloso aroma de sentimiento, esa realidad vigorosísima con que brotan sus cánticos, reproduciendo todo el sér del poeta en cada una de aquellas cadencias, estremecimientos, latidos de su corazón. Y nada nos atrae, muy especialmente á nosotros, hijos de un siglo que ha sobreexcitado la sensibilidad, nada nos atrae como el latido de un corazón. Y siendo tan subjetivo, pocos hombres son tan simbólicos, pocos reflejan mejor su tiempo. ¿Cuál era el estado de aquellos días primeros del siglo, en las obras de Byron contenido, representado? Era la incertidumbre. Habíamos sacudido las viejas creencias y no encontrado aún las nuevas. Pasábamos de la libertad á la reacción, y de la reacción á la libertad, por cambios bruscos. La revolución acababa de arruinar una sociedad, y sobre esas ruinas se levantaba aún el espectro, el esqueleto de la Edad Media, con la corona cesárea sobre la frente, pidiendo venganzas, y reclamando conquistas. Los pueblos, en su angustia, tratan de unirlo todo, de mezclar todo, religión y filosofía, democracia y aristocracia, autoridad antigua y constituciones modernas, en el *pandemonium* del eclecticismo y del doctrinismo. El espíritu sin fe, se quejaba al cielo de su esterilidad, y se retorcia entre los anillos de la serpiente que se llama duda. De un extremo á otro de Europa corría un genio incomprendible, elevado desde la plebe al Imperio, sembrando una tempestad de guerras, que sólo servía para aumentar las tinieblas; genio ya sombrío, ya relampagueante; de un lado Robespierre con cañones castigando á los Reyes y estableciendo despóticamente el Contrato Social con los pueblos; pero de otro lado Carlo Magno ungido por el Papa, rodeado de un feudalismo militar horrible, reedificando los tronos y los privilegios; recomponiendo el antiguo Sacro Romano Imperio. El cielo que Laplace había visto lleno de mundos, pero vacío de espíritus, era repoblado por Chateaubriand con ángeles de talco que llevaban en los labios, no la sencilla letanía antigua, sino la sentencia de una retórica académica. La libertad inglesa se ponía á servicio